

Se cumplen diez años de la ya mítica *Trilogía Testimonial*, y el teatro La Memoria se volverá a reunir en noviembre para ensayar en el gran proyecto del 2000: remontar las tres obras, siempre bajo la dirección de Alfredo Castro. Mientras se prepara para aquello, sigue haciendo clases, elabora su siguiente montaje en el Teatro Nacional, termina las últimas grabaciones de *La Fiera* y en su hogar se dispone a asumir su próximo papel: el de padre.

POR FRANCISCO ARAVENA FOTOS: JORDI CASTELL

ALFREDO CASTRO Y EL REMONTAJE DE LA "TRILOGIA TESTIMONIAL"



a veces me da un poco de miedo salir a la calle, porque es demasiada la presión que sientes", comenta Alfredo Castro. Pero no lo dice porque esté desvariando y escuchando extrañas voces en su cabeza, sino más bien por las voces que escucha afuera, ésas que le recuerdan con bastante frecuencia que trabajar en tele-series tiene consecuencias secundarias. "No hay nadie que no me diga 'Ernesto'. De repente estoy comiéndome un pastel y me dicen '¿no será mucho derroche?, va a gastar mucha plata'. Y uno empieza a sentirse como poseído por el personaje, o por lo que eso significa". A pesar de esas no menores incomodidades, Castro reconoce que el per-

sonaje que interpreta en *La Fiera* —un avaro en extremo— es de los que le han dado más satisfacciones en su nada de corta carrera televisiva. Pero eso no es ni con mucho lo más emocionante que le ha pasado últimamente a este hombre de 43 años de edad. En cuanto a su vida personal, se casó hace poco y espera el nacimiento de su primer hijo en agosto. En teatro, el 30 de mayo termina las funciones de *Yo sólo soy casualmente yo*, una adaptación de *Kaspar*, de Peter Handke, obra en la que dirigió a un grupo de egresados —y ex alumnos suyos— de la Escuela de Fernando González. Ahora, está concentrando sus esfuerzos en su próximo trabajo como director, esta vez en el Teatro Nacional, donde el 20 de octubre espera estrenar el montaje de *Hechos consumados*, una obra del dramaturgo chileno Juan Radrigán, en la que participarán José Soza, Amparo Noguera, Erto Pantoja y Benjamín Vicuña. Es de suponer que ese montaje tendrá además para Castro un leve sabor a reivindicación, considerando que a mediados del año pasado sufrió un duro revés en el mismo Teatro Nacional, cuando después de una serie de deserciones en el elenco no pudo montar *Gilles de Raiz*, de Vicente Huidobro. Pero sin duda el más especial, o por lo menos más llamativo de sus próximos proyectos teatrales será el remontaje de la serie de obras que en cierta medida lo consagraron a él y al elenco que ahí dirigió, con el que formaron el teatro *La Memoria*, en el panorama teatral chileno. La llamada *Trilogía Testimonial*, que incluyó las obras *La manzana de Adán*, *Historia de la sangre* y *Los días tuertos*, partió como un intento marginal que incluso algunos tacharon de "cualquier cosa

menos teatro" y hoy se ha convertido en material de estudio de muchos alumnos de esa carrera. Cuando se cumplen diez años del estreno de la primera de aquellas obras, el elenco original del teatro *La Memoria* se reunirá en noviembre a ensayar para el remontaje de la trilogía completa, programada para enero del 2000, ocasión en la que otras míticas compañías teatrales, como *La Troppa*, el *Gran Circo Teatro* y el *Teatro del Silencio*, harán sus propias revisiones. Todo eso mientras no deja de lado otra de sus actividades principales: la pedagogía.

—¿Por qué dejaste de hacer clases en la Universidad de Chile?

—Yo estudié en esa escuela y siento apego por ella. Pero creo que tengo una muy mala relación con todo lo que es

institucional. Siento que está muy lleno de trabas, y como esta profesión es esencialmente un espacio de amplitud, de libertad, siento que mi problema en esa escuela fue ese, que me sentí demasiado lleno de restricciones, propias de cualquier institución. La burocracia, permisos, solicitudes... me sentí un poquito asfixiado.

—¿Y cómo concilias esa asfixia de la institucionalidad con las labores que has asumido como presidente de la Asociación de Directores de Teatro, o como director de la Muestra de Dramaturgia, el año pasado? ¿Cuál es tu relación con esa institucionalidad y con el poder?

—Mi relación con el poder ha sido bien especial, porque efectivamente yo nunca he tenido poder. En la Asociación de Directores, por ejemplo, no se maneja ninguno. Uno tiene que ir hacia el poder a solicitar salas, platas, infraestructura, qué sé yo, que te apoyen. Pero de poder, nada, salvo el simbólico que te dan quienes te eligen. Lo único que sí hicimos fue ir a hablar con el ministro Arrate el año pasado para poder hacer el congreso. Son cuestiones de gestión, más bien. En la Muestra de Dramaturgia lo que yo hago es una labor artística, no tengo ninguna injerencia sobre fondos, ni distribuciones ni nada de eso. Yo entré a ver que artísticamente la cosa tuviera mayor coherencia, nada más.

—¿Cómo te sentiste en el nombramiento, en *La Moneda*, con el Presidente Frei y todo ese ambiente?

—Halagado y sorprendido. Porque ése es un lugar donde uno nunca accederá ni accedió. Para mi generación, *La Moneda* representa algo muy fuerte. Nunca pensé en mi vida poner un pie en ese lugar, porque era como una fortaleza, una cuestión muy lejana. Estar ahí y ver cómo se mueve la gente que está en

ese lugar, me atrae. No tengo problemas éticos ni morales, no me siento comprometido con el poder, en ningún caso.

—¿Estás apoyando concretamente a un candidato? ¿Te interesa comprometerte?

—Sí, me he comprometido con la campaña de Ricardo Lagos. Por razones muy concretas: me parece un hombre culto, en primer lugar, que efectivamente tiene un discurso de la cultura. Y es una persona que yo he visto en el teatro, y lo he visto participar en cosas muy profundas e inteligentes en cuanto a este tema.

—¿Crees que lo que queda por hacer al respecto pasa por lo que hagan las autoridades, como crear un Ministerio de la Cultura, o más bien se requiere de un esfuerzo de los propios artistas?

—Creo que se han visto avances muy importantes en eso, pero también retrocesos. En todo caso, siempre he creído que todo depende mucho de quiénes están a cargo de los asuntos culturales. Creo que quienes estén a cargo deben ser personas que prescindan de corrientes muy definidas, que sean de una gran amplitud. Que sean artistas, que sepan desde dentro qué sucede, porque gente técnica no funciona.

ese lugar, me atrae. No tengo problemas éticos ni morales, no me siento comprometido con el poder, en ningún caso.

—¿Estás apoyando concretamente a un candidato? ¿Te interesa comprometerte?

—Sí, me he comprometido con la campaña de Ricardo Lagos. Por razones muy concretas: me parece un hombre culto, en primer lugar, que efectivamente tiene un discurso de la cultura. Y es una persona que yo he visto en el teatro, y lo he visto participar en cosas muy profundas e inteligentes en cuanto a este tema.

—¿Crees que lo que queda por hacer al respecto pasa por lo que hagan las autoridades, como crear un Ministerio de la Cultura, o más bien se requiere de un esfuerzo de los propios artistas?

—Creo que se han visto avances muy importantes en eso, pero también retrocesos. En todo caso, siempre he creído que todo depende mucho de quiénes están a cargo de los asuntos culturales. Creo que quienes estén a cargo deben ser personas que prescindan de corrientes muy definidas, que sean de una gran amplitud. Que sean artistas, que sepan desde dentro qué sucede, porque gente técnica no funciona.

yo y mis colegas

—Llevas 15 años haciendo clases, ¿cómo has visto la evolución del estudiante de teatro?

—Ha cambiado hartito, en el sentido de que ahora buscan mucho más la investigación. Creo que se ha logrado imponer algo mucho más fuerte en lo teórico, están interesados ellos en todo lo que sucede en torno al teatro. Eso hace que sean generaciones más osadas. El estudiante de teatro también ha cambiado a causa de la televisión. El teatro ahora es una carrera mucho más segura de lo que era cuando estudiaba yo, o hace 10 años. Ahora los cabros que salen tienen cierta seguridad laboral, dependiendo de su talento, de lo movidos que sean. Ha cambiado el medio laboral, es completamente distinto. Hay fondos concursables, hay compañías que llaman a audiciones, hay teatro subvencionado....

—El año pasado, a propósito de tu intento fallido de montar *Gilles de Raiz*, dijiste que la televisión propiciaba un sistema que mal acostumbraba a los actores, y vaticinaste que en un futuro todo iba a ser más especializado, que iba a haber actores de teatro, otros de televisión y otros de cine ¿Sigues pensando lo mismo?

—Nooooo, me retracto —dice sonriendo—. Es más bien que la televisión cansa mucho a la gente. Entonces, es muy difícil encontrar a un actor que quiera y pueda, al mismo tiempo que hace televisión, ensayar teatro. Es muy complicado. Lo que está sucediendo es que la gente, cuando para de hacer televisión, se programa para hacer teatro el segundo semestre. Además, este medio es muy chico, somos los mismos que nos movemos en todas partes. Entonces, no creo que pueda llegar esa especialización, salvo que alguien decida no hacer más teatro, pero es muy fuerte el impulso que uno tiene al escenario, y el ejercicio que eso da.

—Por lo que te ha pasado y lo que has visto en actores más jóvenes, ¿angustia dedicar tanto tiempo a la televisión y no hacer lo mismo con el teatro? ¿Lleva eso a querer sacrificarse el doble para hacerlo?

—Justamente, es muy complicado, porque además, al tratar de formar un elenco en teatro te das cuenta de que unos graban tal día, otros no, unos viajan y otros no.

AL RESCATE DE LA MEMORIA

